

UN EJEMPLO

la boda de cantimplas



Niceto reflexiona. Pide consejo a un vaso de vino, y el caldo, buen consejero, le va mostrando las ventajas del matrimonio.

Niceto está firmemente decidido; se casará, se casará pronto, por mucho que le repitan la frase de Wilde—«el matrimonio es al amor lo que el vinagre al vino»—porque, buen bebedor y amante ansioso, no dejará que se agrie la dicha del amor.

Y cuando Niceto adopta una resolución, no hay fuerza capaz de hacerle desistir.

—¿Es verdad que vas a casarte?—dice la voz del enemigo malo—Tú no sabes lo que es el día de la boda. Apenas amanezca te levantarás sobresaltado, después de una noche de insomnio; empujarás a vestirte; saltarás el botón de la camisa y lo andarás buscando debajo de la cama, debajo del armario, en el desagrío de la fregadera... Después empezará la lucha con el cuello y la corbata, que no corre, una lucha brutal, violentísima, que te dejará sin aliento y extenuado. Más tarde observarás que te hacen daño los zapatos nuevos—el día de la boda es más seguro que se estrenan zapatos que mujer—y, una vez vestido, fijarás tus ojos en la esfera del reloj, que te dirá que aun faltan tres horas para la ceremonia, tres horas que pasarás recorriendo de un lado al otro la habitación, como un león enjaulado. Vendrán luego la ceremonia civil y la religiosa, el banquete, las bromas pesadas y de mal gusto de los invitados, te obligarán a bailar, llegará la hora de tomar el tren y entonces observarás con desaliento que tu mujer viaja con una porción de bultos inútiles de los que tendrás que compartir. Cambio de tren, un bulto que se olvida, carreras para recuperarlo... Los zapatos siguen molestando; se han convertido en el más cruel de los instrumentos de tortura.

Por fin llegas al hotel, ocupas una habitación—¡por fin solos!—, os desnudáis, y tú, cansado, abatido, hecho polvo por las emociones y trabajos del día, te acuestas, vuelves la cara a la pared y te quedas profundamente dormido. Y esta es la primera desilusión del matrimonio.

Niceto sonríe. Está decidido; diga lo que diga el enemigo malo, él se casará. E imagina una vida paradisiaca al lado de su futura compañera.

Los pellejos de Domingoenea salu-

dan con una sonrisa a Aldaco, el gran «Millones». Saku, que le acompaña, corresponde a la efusión de los pellejos ingiriendo dos vasos de su sangre.

Aldaco y Saku cortan el hilo de las reflexiones de Niceto.

—¿Cuándo te casas, Niceto?

—Pronto, pronto.

—Pues ya puedes ir preparando las despedidas de soltero—dice Saku—Tú no debes ser menos que Arrese, que nos dió doce despedidas.

—¡Doce despedidas de soltero!—exclama espantado Niceto, calculando rápidamente el gasto que supone la docena de «adioses» al celibato—¿No crees que bastaría con una?

—No; de ninguna manera. No podemos consentir que Arrese te eche la pata encima. Por lo menos doce despedidas. Tu felicidad conyugal depende de ello; no vaya a resultar que por no haberte despedido lo bastante, conserves los hábitos de soltero después del matrimonio. Doce despedidas, y nosotros te acompañaremos en todas.

—¿A mí que me importa lo que hiciera Arrese?—interrumpe espantado Niceto—Yo me casaré como todo el mundo, después de una despedida de soltero.

—Eso es—observó Aldaco—; tú te fundas en el precedente. Está bien; pero hay que seguir el precedente mejor; en cuestión de despedidas el de Arrese; en bodas, el de «Cantimplas».

Niceto sospecha vagamente que la boda de «Cantimplas» sentó un precedente poco grato de seguir, y su alarma sube de punto.

—«Cantimplas»... «Cantimplas»... ¡Qué me importa a mí Cantimplas!

—No hables así de «Cantimplas» ni de su boda—dice Aldaco, poniéndose serio—La boda de «Cantimplas» es una boda modelo, la boda «standard». y tú debes imitarla. ¡Qué boda de rumbo!

Saku interviene:

—Cuéntale, cuéntale cómo fué la boda de «Cantimplas» para que se instruya.

Y Aldaco explica:

—Sí, Niceto, sí. La boda de «Cantimplas», debe servir de modelo a la tuya. «Cantimplas» el panadero donostiarra a quien conoces, se casó en Urnieta con una garrida «neska» de una casería. Fué una boda de rumbo, a la que invitó a Borges. Pero Borges lamentaba que su amigo Andoain, «Cocidos», no participara en el agasajo.

Y, ni corto ni perezoso, le invitó. «Cocidos», en un rasgo de desprendimiento, convidó a Burrunda, y éste, por no ser menos, me invitó a mí.

—¿Cómo iba a dejarme solo?—interrumpe Saku.

—Es verdad. Yo no podía soportar la idea de que este pobre «aingeru» se quedara aquí, en Rentería, y le invité a la boda de «Cantimplas», a quien, dicho sea entre paréntesis, no conocíamos ni Saku ni yo.

—Y a mí me dió pena «Txingurri»—arguye Saku—y le dije que viniera con nosotros. Y «Txingurri», generoso, invitó a Argárate.

—¿Fuisteis todos...?—exclama asustado Niceto, pensando que pudiera repetir este alarde de generosidad.

—Con Borges—continúa diciendo Aldaco—nos presentamos en Urnieta «Cocidos», Burrunda, Txingurri Saku y Argárate.

Caimos en el caserío como una piaga de langosta, y a las pocas horas habíamos vaciado la despensa. Además, el novio se sentó en la mesa entre Saku y yo, le hicimos beber a nuestro compás, y, como no estaba acostumbrado, pescó tal papalina que tuvimos que acostarle para que durmiera la mona. Entre tanto, los invitados desconocidos continuamos haciendo estragos. Bailamos con la novia hasta las tres de la madrugada, hora en que ya volvió en sí el novio y ya no quedaba ningún comestible ni bebestible en la casa.

—Si hacéis eso conmigo, os mato—dice Niceto en un tono que indica que lo haría, si llegara el caso.

—Es que tú eres un salvaje; «Cantimplas» se comportó de otro modo. Antes de marcharnos a alguien se le ocurrió postular para hacer un regalo al novio; pero «Cocidos» opinó que aquél era un proceder indigno de tan distinguida concurrencia, y, para redimirse, antes de marcharse, «mangó» un duro al novio. Ya sabes, Niceto, lo que es una boda de postín.

Niceto reflexiona. Vacía el vaso de vino. Los pellejos de Domingoenea se encargan de llenar sucesivamente los vasos, y Niceto, Saku y Aldaco de vaciarlos rápidamente.

El vino refuerza la tenacidad de Niceto. Consecuente como nunca, comenta:

—¡Buenas despedidas de soltero y buena bodal! Pero yo, ¡me caso en diez!, me caso, ¡me caso en diez!